

# Crónica de un viaje musical

## Discépolo en España

I.

**L**a nota ya estaba lista para ser compuesta y editada. Le dio una leída rápida, corrigió a mano algunas desprolijidades y la entregó al taller. No se quedó a presenciar el sube y baja de las rotativas, esa coreografía a la que estaba tan acostumbrado. Volvió a casa rápidamente, pensando en el artículo que acababa de escribir y en el compromiso impostergable que lo esperaba esa noche en el Luna Park.

En la tarde del 11 de diciembre de 1934 los porteños leyeron la habitual columna de Carlos de la Púa en el diario *Crítica*. Estaba íntegramente dedicada a Enrique Santos Discépolo y un homenaje que se le brindaría esa misma noche. El estilo del periodista y poeta lunfardo era inconfundible y el perfil dibujado de Enrique, exacto. La nota destacaba el hecho de que Discépolo había sido el primer autor de tangos que hizo la música para la letra de sus composiciones: «por eso es que todas ellas tienen algo que las distingue de todas y el pueblo las cantó con gusto y utilizó su filosofía gráfica para ubicar a los personajes centrales de esa farsa que se mueve en la geografía reducida del barrio o del pueblo (...) Este gran dramaturgo del tango supo sacar tajada de todas las miserias familiares que pasan a nuestro lado vestidas con sus trajes de colores, los berretines inconfesables, las consumaciones baratas, las reinas del capuchino, las fiacas del café cortado, todos los bareadores y todas las milonguitas han estado suspendidos del lápiz prodigioso de este gran fotógrafo de almas, que luego deforma sus placas en caricaturas para atenuar un poco el dolor (...) Discépolo es nuestro gran Pulgarcito Filarmónico...».

Enrique leyó con alegría el elogio del periodista. No era la primera vez que el poeta de *La crencha engrasada* exaltaba el arte discepoliano, pero

esta vez el artículo tenía el sabor de los buenos augurios. Enrique y Tania estaban haciendo las valijas con las que emprenderían un viaje a España, y los amigos habían preparado un verdadero festival de tango para despedirlos. No iba a ser un viaje común y corriente.

Consideraron a España como estación central de varias excursiones entre artísticas y turísticas a los puntos del mapa tantas veces soñados por Enrique. Irían con un par de músicos, un vasto repertorio y la misión «evangelizadora» del tango, esa que habían empezado algunos años antes Manuel Pizarro y otros adelantados. Enrique y Tania formaban una dupla perfecta para mostrar el tango en el exterior. Ella cantaba con gracia cosmopolita y él era un *causeur* chispeante e inteligente. Aquello prometía ser algo diferente a una *troupe* de músicos de tango disfrazados de gauchos en lucha abierta contra un ambiente adverso.

La idea era extender a Europa el espectáculo tanguero que Enrique había creado a comienzos de los 30 y que proseguiría más tarde en la radio. Algunos datos históricos, algunas anécdotas, la figura chaplinesca del autor inventando una dirección orquestal y una cantante que interpretaba la inspiración de su pareja: no se trataba de un número de tango común y corriente. Tampoco era una revista, género tan costoso y difícil de llevar de un lugar a otro. La modalidad creada por Enrique combinaba perfectamente la didáctica con el arte y la amenidad de la representación con el contenido dramático del tango canción.

Los ecos del éxito de *Yira... Yira...* y *Esta noche me emborracho* en España y Francia fueron el disparador del viaje. ¿Cómo olvidar la anécdota de aquel bazar de Barcelona que, según se decía, había sido clausurado en 1928 por exhibir en su vidriera la partitura de *Esta noche me emborracho* a pocos y sugestivos centímetros del retrato del general Primo de Rivera, dictador de algunos excesos etílicos? Por entonces, Discépolo ya era el autor más célebre del tango. Eso le habían contado algunos músicos argentinos que acababan de regresar de Europa. Y, por cierto, circulaban por todas partes las grabaciones de Gardel de *Que vachaché* —casualmente registrada en Barcelona en 1927—, *Chorra* y otros clásicos tempranos.

Por lo demás, en el Buenos Aires de 1934 no parecía haber muchas atracciones para retener al inquieto Discepolín. Tampoco sobraban las ofertas de trabajo. *Wunder Bar*, la pieza teatral de Herzoc y Farkas que el tanguero había adaptado a la idiosincrasia porteña, era un éxito, incluso en su reposición de ese año, pero bajaba de cartel el 4 de noviembre, con su ciclo ya cumplido. Además, desde su debut en el Casino de Buenos Aires a comienzos de los veinte, Tania, toledana educada en las artes del cuplé, no había vuelto nunca a su país de origen.

Otra motivación para embarcarse rumbo a Europa fueron las cartas que Armando, hermano mayor de Enrique, le había mandado a la pareja entre julio de 1931 y octubre del 32, desde Nápoles y Roma. El apellido de Santo Discépolo, papá napolitano, había regresado, triunfal, al punto de partida de la diáspora. Enrique recordaba muy bien los conceptos que el crítico Nino Bolla había vertido sobre la dramaturgia de Armando en las páginas de *L'Imperio*, y se sintió aludido: «Armando Discépolo ha creado personajes humanos, porque él es muy humano y bajo este aspecto es un escritor universal. A menudo, la risa de Discépolo es la máscara del dolor y viceversa». Tan clara comprensión del *grotesco* merecía al menos una peregrinación. Italia también figuraba en la libreta de viaje.

Como para la mayoría de los argentinos rioplatenses, hijos y nietos de las grandes olas inmigratorias, Europa era una realidad tangible. Y para Enrique, viajar era la forma soñada de la libertad, el cumplimiento de sus promesas anarquistas de la adolescencia. Desde luego, había que solucionar una cuestión un tanto embarazosa: el dinero. Discépolo solía gastar más de lo que ganaba, que si bien no era poco aún no representaba la pequeña fortuna que le esperaba en el futuro, cuando con la creación de Sadaic —la sociedad que velaría por los intereses de los compositores y autores de la Argentina— su nombre figurara entre los de mayores recaudaciones del ambiente musical. La vida en la Argentina de la depresión económica se había vuelto muy difícil. La profunda recesión afectaba de modo directo al mundo del tango. Si bien Discépolo seguía siendo, en algún sentido, una personalidad del teatro tanto como de la música popular, los años de gestación de *Cambalache* lo encontraron en una situación paradójica: era uno de los hombres más exitosos del país y sin embargo no podía confiar plenamente en ningún proyecto porteño.

Enrique y Tania tramitaron un préstamo bancario y le pidieron prestado 300 pesos al autor y director de cine Luis César Amadori, que había colaborado con Enrique en las canciones del filme *El alma de bandoneón*, de Mario Soffici. Enrique se comprometió a devolver el dinero puntualmente, cuando regresaran de Europa. Por todo ello, el viaje imaginado se transformó en una apuesta a todo o nada. Si las cosas no iban bien, volverían al país sin un centavo y varias deudas. Si todo sucedía como lo habían planeado, quedaría abierta la puerta para futuros contactos y la experiencia de un viaje ilustre.

El festival en el Luna Park emocionó a Enrique. Sumaron adhesiones el Círculo de la Prensa, la Sociedad de Autores y otras instituciones, y un auténtico fervor popular envolvió la noche. Enrique se sabía reconocido y querido, dos adjetivos que lo obsesionaban, pero hasta ese momento nunca había sido objeto de homenajes ni distinciones. Fue la

forma escogida para manifestar el reconocimiento lo que lo conmovió: el mundo del tango, sobreponiéndose a las dificultades que hipotecaban su futuro, se unió alrededor de su autor mayor.

Nadie faltó a la cita de honor. Allí estuvieron Ignacio Corsini, Francisco Lomuto, Julio De Caro, Ernesto Famá, Sofía Bozán, Azucena Maizani. Discépolo presentó su *Historia del tango en 2 horas*, respaldado por una orquesta gigante. 60 instrumentistas, reclutados de las orquestas de Donato, Canaro, De Caro y Lomuto, transitaron por Villoldo con *El Choclo*, por De Bassi con *El Caburé*, por Donato con *Julián* y así hasta llegar al propio Discépolo, a través de *Confesión*, *Esta noche me emborracho* y una muy aplaudida versión de *Yira... Yira*.

La apoteosis del tango terminó bien entrada la madrugada. Enrique y Tania volvieron al departamento que por entonces compartían en la calle Cangallo, con la excitación por lo vivido y la ansiedad por el viaje programado. Antes de dormir, repasaron, una vez más, el mapa de España que pensaban explorar exhaustivamente. Todo estaba listo para la partida.

Dos días después del festejo en el Luna Park, la pareja se reunió en la zona de embarque con los otros viajeros. Lalo Scalise iba a ser el pianista de la gira. También viajaría el bandoneonista Horacio Pallás. Andrés Romero se hizo cargo de las cuestiones administrativas que resbalaban sobre Discépolo. Luis Gandolfo, un joven que más tarde fue ejecutivo de la Víctor, y Carlos Bidart, con su esposa e hijos, completaban el reducido grupo inicial.

La idea era formar una orquesta con músicos españoles. Scalise llevaba una carpeta con las partichelas para los distintos instrumentos. Los detalles de estilo y expresión serían impartidos *in situ* por Enrique, un maestro de ceremonias que se animaba a dirigir intuitivamente toda orquesta de tango que se pusiera a su alcance.

Unos días antes de la partida, Enrique intentó, sin éxito, convencer a la madre de un joven bandoneonista llamado Aníbal Troilo de que permitiera al muchacho sumarse al viaje. La negativa fue rotunda y Troilo lloró la oportunidad perdida, pero las lágrimas no frenaron las variaciones de sus dedos. No escondió los honores recibidos: Discépolo lo había elegido a él, por la música y por la pinta que la gorduna aún no había tapado. La ciudad entera tenía que saberlo.

Tania cargó las cajas de sus sombreros en el *Oceanía*, el barco que los iba a llevar a España previa pasada por Río de Janeiro. El vapor se hizo a la mar el 14 de diciembre. Esa misma noche, la pareja fue centro de atención de una fiesta a bordo, la primera de una larga serie. En esos días, Enrique descubrió el costado dionisiaco de los trasatlánticos. Lo había intuido en algunos novelones de la infancia, pero, como decía su querido